
La Virgen María de Ignacio de Loyola en la Evangelización de América Latina

*Antonio González Dorado, S.J.**

Una de las características más sobresalientes del catolicismo latinoamericano es su devoción a la Virgen María.

Virgilio Elizondo llega a afirmar que “es un hecho innegable que la devoción a María es la característica del cristianismo latinoamericano más popular, persistente y original. Ella está presente en los mismos orígenes del cristianismo en el Nuevo Mundo. Desde el principio, la presencia de María confirió dignidad a los esclavizados, esperanza a los explotados y motivación para todos los movimientos de liberación. Incluso dejando de lado su interpretación, no se puede negar el hecho de la devoción a María”¹.

Vargas Ugarte ha visualizado este hecho en su extensa obra “Historia del culto de María en Iberoamérica y de sus imágenes y santuarios más celebrados”, publicada en Madrid en 1956.

Los obispos latinoamericanos han visto en la Guadalupana el símbolo del

* Doctor en Teología. Rector y Profesor de la Facultad de Teología “La Cartuja” (Granada, España).

¹ V. Elizondo, *María e os pobres: un modelo de ecumenismo evangelizador*, en AA.VV., *A mulher pobre na história da Igreja latinoamericana*, Eds. Paulinas, São Paulo 1984, p. 22.

continente: “El Evangelio encarnado en nuestros pueblos los congrega en una originalidad histórica cultural que llamamos América Latina. Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la Evangelización” (DP 446). Y Juan Pablo II ha intuido que María y “sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular”².

Este fenómeno mariano, tan rico y complejo, tiene históricamente su explicación, que he intentado desarrollar en mi libro “De María Conquistadora a María Liberadora”³. Creo que se puede atribuir a dos causas fundamentales: la generalizada y ferviente devoción mariana de los primeros colonizadores y de todos los evangelizadores de la época de la colonia, y la ajustada incorporación de María al ámbito de la maternidad tanto de las culturas aborígenes como de la nueva cultura mestiza que progresivamente se fue desarrollando en el continente. Para los indígenas María se revistió de nantzin, de Virgen Kolla (Pachamama), o de Tupasy. Para criollos y mestizos la Virgen María rápidamente se americanizó, constituyéndose en la Madre de todas las futuras naciones de América Latina.

Pero, ¿cuál fue la influencia de los evangelizadores en la difusión y enraizamiento de la devoción a la Virgen María en América Latina?

Además de la acción evangelizadora del clero secular, hay que resaltar la labor desarrollada por cinco grandes familias religiosas: los dominicos, los franciscanos, los mercedarios, los agustinos y los jesuitas. Los cinco grupos coincidían en una marcada devoción a la Virgen y en reconocerla como fuerza privilegiada de la evangelización, incluso cualificándola con el generalizado nombre de la Conquistadora⁴.

Pero, lógicamente, cada una de las órdenes religiosas desarrolló su propia

² AAS LXXI p. 228.

³ *De María Conquistadora a María Liberadora*, Eds. Sal Terrae, Santander 1988.

⁴ *Ibidem*, p. 39.

labor en la expansión de la devoción mariana en estrecha conexión con su específica espiritualidad y carisma, con sus peculiares tradiciones devocionales, con las diferentes situaciones y circunstancias en las que sus comunidades tuvieron que enfrentar su misión evangelizadora y catecumenal. Me ha correspondido recordar la peculiar labor realizada por los jesuitas, que se extendió desde 1549, año de llegada de los primeros misioneros de la orden a Brasil, hasta 1778, en el que fueron expulsados por Carlos III. Son 229 años de colaboración en la evangelización del continente, en los que nunca estuvo ausente la presencia privilegiada de María.

Nos podemos hacer dos preguntas fundamentales: ¿Cuál fue el impulso que la Compañía de Jesús dio a través de sus misiones al marianismo latinoamericano? ¿Aportó algún elemento nuevo y específico a la corriente generalizada de todos los evangelizadores?

Para responder a estas preguntas me voy a detener en dos capítulos que me parecen especialmente significativos e importantes: la devoción mariana en la carismática espiritualidad de Ignacio de Loyola y el desarrollo de esta devoción en las Reducciones jesuíticas del Paraguay.

En efecto, no podemos olvidar que los primeros jesuitas que llegan a Brasil, bajo la dirección del P. Nóbrega, son enviados por el propio Ignacio a los diez años de haber sido fundada la Compañía de Jesús. Se trata de un pequeño grupo de religiosos profundamente identificados con el espíritu, las orientaciones y los ejemplos de su fundador. Me atrevería a decir que ellos hacían presente a Ignacio de Loyola en América, prolongando en el nuevo continente descubierto la espiritualidad y el apostolado que de él habían aprendido a través de los Ejercicios Espirituales y del cercano testimonio de su vida. La obra de los jesuitas en América es imposible comprenderla sin el espíritu y las orientaciones ignacianas.

Las Reducciones del Paraguay son, por otra parte, uno de los logros más maduros y más característicos de los jesuitas en el desarrollo de su labor evangelizadora.

Nos encontramos, de esta manera, con la semilla orientadora e impulsora y, probablemente, con uno de sus resultados mejor conseguidos en el continente latinoamericano. Esta afirmación general se ve especialmente confirmada cuando la focalizamos sobre nuestro tema. La devoción mariana de las Reducciones es una clara proyección del marianismo ignaciano, promovido por las diferentes generaciones de los jesuitas en el ámbito guaraní. De otra manera: la devoción mariana de las Reducciones fue típicamente ignaciana en su orientación, en su espiritualidad y en sus expresiones fundamentales. Esto justifica los dos bloques más importantes de nuestra reflexión.

Pero esta conexión entre la semilla y el fruto no se realizó desencarnadamente, sino contextualizada en el ambiente y en la problemática americanas que intensa y comprometidamente vivieron los misioneros jesuitas. Así el marianismo ignaciano también se americanizó. Por este motivo, me ha parecido necesario hacer una breve referencia a dos momentos fundamentales que determinan esta inflexión. El primero viene dado por los primeros jesuitas que llegan al Brasil, entre los que sobresale la figura el P. Anchieta. En el segundo, serán los jesuitas enviados por S. Francisco de Borja a Perú en 1567, en una época de reorientación de la labor evangelizadora, en la que va a destacar el célebre José de Acosta.

I. MARIA EN LA VIDA Y EN LA ESPIRITUALIDAD EVANGELIZADORA DE IGNACIO DE LOYOLA

Ignacio nace y desarrolla su vida (1491-1556) en una de las épocas más apasionantes de la historia de España, de Europa y de toda la humanidad.

Surge en un ambiente en el que chocan dos grandes corrientes: la que ha denominado Huizinga como el otoño medieval⁵, y la que determina el nacimiento de la Edad Moderna.

⁵ J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Madrid 1973; Le Goff, *La civilisation de l'Occident medieval*, París 1972.

1. La Virgen en el Catolicismo Popular de finales del siglo XV

Como ha subrayado Luis Maldonado, durante esa época “el catolicismo popular gravita en torno a la mujer, la madre. El arte popular va deshieratizando a María. Nos la muestra postrada ante su hijo recién nacido, conmovida ante el anuncio del ángel, vigilando los juegos del niño entre la hierba y las florecillas de unos jardines cerrados. El tema de la anunciación se hace predominante. Quizá porque se busca un signo de esperanza en medio de un tiempo proceloso. El *Ave* se fija en su texto definitivo, generalizándose el rosario, el *angelus* y la *salve*”⁶. Pero, sigue diciendo el mismo autor, “hacia finales del siglo XV se nota un cambio (...) Hay un desplazamiento de los misterios dolorosos hacia los misterios gloriosos, de la pasión a la resurrección. Lógicamente, la correspondencia mariana del cambio cristológico es ahora una devoción a María reina. Se multiplican las coronaciones que evocan menos la intimidad entre el Hijo y la Madre que el triunfo de ésta. La Virgen es vista también como predestinada e inmaculada en su concepción”⁷.

Sin embargo, ambas líneas curiosamente coexisten y se complementan, originándose una mariología popular en la que se resalta una maternidad de María, especialmente cualificada por la misericordia y por sus excepcionales privilegios. Ella es la todopoderosa intercesora entre Dios y los hombres abogada de los pecadores, consoladora de los afligidos y milagroso alivio en todas las necesidades.

Este es el contexto mariano en el que va a vivir Ignacio de Loyola, y que le va a impactar fuerte y vitalmente durante toda su vida.

2. La devoción a María en la vida de San Ignacio

En efecto, la Virgen adquiere un papel relevante en la primera etapa de su

⁶L. Maldonado, *Génesis del catolicismo popular*, Madrid 1979, pp. 148-149.

⁷L. Maldonado, *Para comprender el catolicismo popular*, Estella 1990, p. 65.

conversión, cuando se recuperaba de sus heridas en la casa solariega de Loyola. Pasados los años contaba que “estando una noche despierto, vio claramente una imagen de Nuestra Señora con el Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente en cosas de carne, que parecía habérsele quitado del ánimo todas las especies que antes tenía en ella pintadas. Así, desde aquella hora hasta el agosto del 53, que esto se escribe, nunca más tuvo ni un mínimo en cosas de carne; y por este efecto se puede juzgar haber sido cosa de Dios, aunque él no osaba determinarlo, ni decía más que afirmar lo susodicho. Más así su hermano, como todos los demás de la casa, fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánimo interiormente”⁸.

A partir de ese momento, los hitos más importantes de la vida de Ignacio quedarán siempre enmarcados en su devoción a la Virgen.

En 1522 decide su cambio de vida e inicia su peregrinación a Montserrat.

En la primera etapa de este camino se detiene en el santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, donde hace voto de castidad. El dato ha quedado recogido por sus primeros compañeros: “Y porque tenía más miedo a ser vencido en lo que toca a la castidad, que en otras cosas, hizo en el camino voto de castidad, y esto a nuestra Señora, *a la cual tenía especial devoción*, aunque no por entonces *secundum scientiam*; pero nuestro Señor, que daba aquella pura intención, y tomaba su Santísima Madre *como medio* para ayudar a esta criatura, pareció que aceptó este sacrificio, y lo tomó en protección”⁹.

Al pasar por Navarrete, reclama unas cuentas retrasadas que se le debían en la tesorería del Duque de Nájera, para dedicar parte de aquella cantidad “a una imagen de Nuestra Señora, que estaba mal concertada, para que se

⁸ *Obras completas de S. Ignacio de Loyola*, BAC, Madrid 1983, p. 93.

⁹ *Carta del P. Laínez sobre S. Ignacio*, I,5, Mon. Ign. ser. IV, Fontes narrativi de S. Ignatio, pp. 74-76.

concertarse y ornase muy bien”¹⁰.

Siguiendo su peregrinación se encuentra con un mahometano con el que mantiene una caballerisca y peligrosa discusión sobre el parto virginal de María¹¹.

Por fin llega a las cumbres de Montserrat. La noche del 24 al 25 de Marzo, fiesta de la Anunciación y de la Encarnación, hace su vela caballerisca “delante del altar de Nuestra Señora de Montserrat adonde había determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo”¹². A los pies de la Virgen deja colgados su espada y su puñal¹³, cambiándolos por un bordón de peregrino¹⁴.

De esta manera, el Ignacio neoconverso quedaba fuertemente marcado por su devoción a la Virgen María, que en adelante se va a hacer visiblemente presente en los momentos más importantes de su historia.

De su crucial estancia en Manresa, recordaba que, juntamente con la humanidad santísima de Cristo, muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores a Nuestra Señora¹⁵.

En todas sus peregrinaciones siempre le acompañó, colgada al cuello, una imagen de la Virgen de los Dolores, reconociendo que “me ha hecho Dios nuestro Señor por medio de ella muchos favores y mercedes”¹⁶.

¹⁰ *Obras completas*, BAC, p. 95.

¹¹ *Obras completas*, BAC, p. 96.

¹² *Obras completas*, BAC, p. 97.

¹³ *Obras completas*, BAC, p. 97.

¹⁴ *Obras completas*, BAC, p. 97.

¹⁵ *Obras completas*, BAC, p. 104.

¹⁶ J. de Aviñón, *Relación de la imagen de los Dolores que llevaba nuestro Padre, y que se guarda en el Colegio de Zaragoza*, Mon. Ign. ser. IV, vol. II, p. 970.

Hace con sus primeros compañeros la ofrenda de sus votos en la colina de Montmartre, la mañana de la Asunción, 15 de agosto de 1534¹⁷.

Ya ordenado sacerdote, mientras se encontraba en Venecia, preparándose para su primera Misa, su plegaria filial de aquellos meses de 1537 a Nuestra Señora será que “le quisiese poner con su Hijo”¹⁸.

Su primera Misa la celebrará en Roma, la noche de navidad del año 1538 en la iglesia de Santa María la Mayor, ante el pesebre del Niño Jesús¹⁹, lo que nos hace recordar su contemplación de los Ejercicios: “Haciéndome yo un pobrecito y esclavito indigno, mirándolos (a Nuestra Señora y a San Joseph y a la ancilla, y al Niño Jesús), contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible”²⁰.

El 22 de abril de 1541 Ignacio hace su profesión religiosa con sus compañeros en la recién fundada Compañía de Jesús. La ceremonia se realiza en la Basílica de San Pablo extra muros, en un altar en el que preside un mosaico de la Virgen del siglo XIII. En la fórmula, que se había elaborado, se subraya que los votos se emiten *coram eius Virgine Matre*, en presencia de la Virginal Madre de Cristo²¹.

Baste este breve recorrido. Pero, estos datos, con ser tan expresivos y significativos, sólo nos ofrecen lo exterior, el cuerpo de su devoción mariana. Por eso debemos preguntarnos cuál era su específica mariología, enraizada en su experiencia mística y elaborada a través de su vida, y que

¹⁷ *Obras completas*, BAC, p. 141 (nota 26); I. Casanovas, *San Ignacio de Loyola*, Barcelona 1944, pp. 212-213.

¹⁸ *Obras completas*, BAC, p. 153.

¹⁹ I. Casanovas, *San Ignacio de Loyola*, p. 243.

²⁰ *Ejercicios Espirituales* (EE.EE.). 114.

²¹ *Obras completas*, BAC, p. 291.

pretendió comunicar a los jesuitas.

3. La mariología ignaciana

La mariología ignaciana la encontramos fundamentalmente en su libro de los Ejercicios Espirituales y en su Diario Espiritual, importante colección de notas del santo escritas en los años 1544 y 1545. Sobre este tema y apoyados sobre estos documentos, han reflexionado especialmente, entre otros, el P. Victoriano Larrañaga²² y, recientemente, el P. Kolvenbach, actual Superior General de la Compañía de Jesús²³.

María en la espiritualidad y teología ignaciana no constituye un capítulo autóctono y separado. Forma parte de una realidad más amplia y fundamental, que establece el gran contexto en el que ella ha de ser interpretada.

La espiritualidad de Ignacio es esencialmente trinitaria y cristológica. Pero su percepción de estas realidades troncales es marcadamente salvífica y misionera.

Así lo manifiesta con toda claridad en su conocida contemplación de la encarnación, tal como la propone en sus Ejercicios Espirituales²⁴. Ante la realidad de nuestro mundo, lo que dicen las divinas personas es: “Hagamos redención del género humano, etc.”, cuya consecuencia concreta es que obran la sanctissima encarnación²⁵.

²² V. Larrañaga, *La espiritualidad de S. Ignacio de Loyola*, Madrid 1944, pp. 31-38.

²³ P. H. Kolvenbach, “Nuestra Señora en los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio”, CIS 48 (1985) 11-24; “La misión de María en los Ejercicios Espirituales”, *Manresa* 58 (1986) 291-298; “Homilía”, *Jesuitas* 22 (1989) 20-23.

²⁴ EE.EE. 101-109.

²⁵ EE.EE. 107, 108.

Surge, de esta manera, en la teología ignaciana la imagen del Cristo Salvífico y Misionero -enviado por el Padre-, el único Mediador. San Ignacio destaca con todo realismo, lleno de consecuencias, esta comprensión de Jesucristo en uno de sus más importantes coloquios: “Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados”²⁶.

Pero, San Ignacio no ve a Cristo como un salvador que realiza su misión en el aislamiento, sino como “rey eterno, y delante del todo el universo mundo, al qual y a cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo *ha de trabajar conmigo*, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria”²⁷. E inmediatamente, en la meditación de dos banderas, concreta más específicamente San Ignacio: “Considerar cómo el Señor de todo el mundo escoge tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas”²⁸.

Estos escogidos y enviados por el mismo Señor quedan constituidos por El como sus misioneros y mediadores. Esta mediación-misionera tiene como finalidad “llevar a Cristo a los hombres y a los hombres a Cristo”, como ha expresado el P. Kolvenbach en una acertada y apretada síntesis²⁹.

En el interior de este encuadre teológico general, hay que situar y comprender la original mariología ignaciana: María es una mediadora-misionera privilegiada entre la humanidad y Cristo, único mediador para todos los hombres, y consiguientemente también para María, con relación al Padre.

²⁶ EE.EE. 53.

²⁷ EE.EE. 95.

²⁸ EE.EE. 145.

²⁹ P. H. Kolvenbach, *Manresa* 58 (1986) 292-293.

La privilegiada mediación-misionera de María es evidente que Ignacio la conecta con el misterio de su maternidad y más específicamente con el acontecimiento de la Encarnación. La maternidad aparece en los Ejercicios como un hecho teológico de vocación divina y de *humillación* de María en sentido ignaciano³⁰. La humildad para Ignacio es la amorosa y dócil sujeción a la voluntad de Dios y tiene su máxima expresión cuando implica una absoluta identificación con el Cristo histórico, de tal manera que “siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más actualmente a Christo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Christo pobre que riqueza, oprobios con Christo lleno dellos que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Christo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo”³¹. Así se constituye la Virgen en Madre y Señora, según la expresión de Ignacio³².

Pero la maternidad no queda tan espiritualizada, que desaparezca para el santo una estrecha conexión biológico-teológica entre María y Cristo. Así aparece en su Diario Espiritual: Al consagrar “no podía que a ella no sentiese o viese, como quien es parte o *puerta de tanta gracia*, que en espíritu sentía. Al consagrar mostrando *ser su carne en la de su Hijo* con tantas inteligencias, que escribir no se podría”³³.

La profunda comunión de María con Cristo se muestra en los Ejercicios en dos lugares privilegiados: en la visitación de la Virgen a Isabel y en el encuentro de la madre con su Hijo resucitado.

En la primera de estas contemplaciones aparece claramente María como la primera evangelizadora y misionera de la historia³⁴. En la segunda se nos

³⁰ EE.EE. 108.

³¹ EE.EE. 167.

³² EE.EE. 109.

³³ *Obras completas*, BAC 326.

³⁴ EE.EE. 263.

muestra como la primera testigo de la resurrección³⁵, y consiguientemente como la primera consolada por Cristo³⁶. La consolación para San Ignacio se produce “quando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado; assí como San Pablo y San Matheo lo hicieron en seguir a Christo nuestro Señor”³⁷. Nos encontramos, de esta manera, con la confirmación de la vocación mediadora-misionera de María que, a partir de ella progresivamente se sigue comunicando a toda la Iglesia, como aparece en las siguientes contemplaciones³⁸.

4. La teología mariana expresada en praxis

Esta mariología ignaciana aparece estrechamente conectada con su praxis experiencial, en la que procura iniciar a los demás en los Ejercicios Espirituales.

Así se muestra en aquellos triples coloquios, que repetitivamente se proponen en los momentos más cruciales de los Ejercicios. Precede siempre un primer coloquio a Nuestra Señora para que me alcance alguna gracia determinada de su Hijo y Señor; sigue otro coloquio con el propio Hijo, para que me alcance lo mismo del Padre; por último, el coloquio se mantiene con el Padre, para que el mismo Señor eterno me lo conceda³⁹.

El magisterio de Ignacio se apoyaba sobre su propia experiencia personal.

³⁵ EE.EE. 219, 299; S. Arzubialde, *Ejercicios Espirituales de S. Ignacio*, Santander 1991, pp. 467-472.

³⁶ EE.EE. 224.

³⁷ EE.EE. 175, 316, 329, 330.

³⁸ EE.EE. 301, 304, 307.

³⁹ EE.EE. 63, 109, 147, 156, 159.

En efecto, como ya hemos visto anteriormente, su conversión en Loyola quedó marcada desde el principio por la acción de la Virgen quien, progresivamente, lo fue conduciendo hasta sus grandes experiencias místico-trinitarias en el Cardoner.

Igualmente, su conocida experiencia mística con Cristo en la Storta, a la entrada de Roma estuvo precedida en Venecia por largas peticiones a Nuestra Señora de que “le quisiese poner con su Hijo. Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una Iglesia, y haciendo oración, sintió tal mudanza en su ánima, y vio tan claro que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no podía dudar de esto sino que Dios Padre le ponía con su Hijo”⁴⁰.

El Diario Espiritual es un continuo testimonio del itinerario mariano seguido por Ignacio durante toda su vida⁴¹, camino que enseñó a sus discípulos y que aplicó para el trabajo apostólico. Sintetizando podemos afirmar que la metodología ignaciana se puede expresar en esta consigna: A Jesús por María, y por Jesús, único mediador entre Dios y los hombres, al Dios Trinitario.

5. Expresiones realistas y populares de la devoción mariana de Ignacio

Para Ignacio la Virgen María, con su excepcional vocación de mediadora-misionera, en ningún momento aparece como una fuerza mítica y desencarnada.

Por este motivo, en los Ejercicios la descubre en toda su densidad histórica, tal como nos ha sido mostrada por los Evangelios⁴².

⁴⁰ *Obras Completas*, BAC, p. 153.

⁴¹ *Obras Completas*, BAC, pp. 321, 325, 326, etc.

⁴² EE.EE. 262, 263, 264, 265, 266, etc.

Más aún, subrayando constantemente la importancia de la experiencia mística e interior mariana, Ignacio la sigue descubriendo en el entorno histórico y devocional de su época.

Como peregrino privilegia con sus visitas los santuarios marianos. Los momentos más cruciales de su vida procura encuadrarlos en festividades de la Virgen. Atiende con especial cuidado las imágenes de Nuestra Señora, como la que se encontraba en Navarrete o posteriormente la de la Virgen de la Strada en Roma.

Su devoción interior se expresa mediante sencillas medallas que le han acompañado durante largos años de su vida, con las que Dios le hizo muchos favores y mercedes⁴³; con el frecuente recitado de las oraciones más popularizadas de la época, como el Ave María, la Salve, el Angelus, el Rosario y el Oficio parvo⁴⁴; celebrando misas votivas de la Virgen⁴⁵; ofreciendo y depositando ex-votos ante las imágenes, como ya anotamos anteriormente.

Eran fórmulas devocionales marianas generalizadas y populares en su tiempo, que no solamente las asumía para expresar su devoción a María, sino que procuró extender entre los recientes miembros de la Compañía y los ejercitantes⁴⁶.

Más aún, especialmente preocupado de la evangelización del pueblo menudo⁴⁷, en sus Reglas para sentir en la Iglesia, positivamente impulsa a los misioneros a que las mantengan y extiendan. En la globalidad del pensamiento y de la experiencia ignaciana, podemos cualificar todas esas expresiones

⁴³ Cfr. nota 16.

⁴⁴ Sobre el Angelus cfr. *Obras Completas*, BAC, p. 145; sobre el Rosario y Oficio parvo, p. 491.

⁴⁵ *Obras completas*, BAC, pp. 318, 320, 325, etc.

⁴⁶ *Obras completas*, BAC, p. 491.

⁴⁷ EE.EE. 362, 367, y 353-370.

como mediaciones que conectan a los que han de ser evangelizados, con María la misionera mediadora, que conduce al encuentro del pueblo con Cristo, que a su vez lo conecta con el misterio salvífico y amoroso de la Trinidad divina. Nos encontramos ante una peculiar metodología apostólica y misionera que surge de la experiencia mariana de Ignacio.

II. DEL POEMA MARIANO DE ANCHIETA A LAS REDUCCIONES DEL PARAGUAY

En 1549, como ya hemos recordado, llega la primera expedición de jesuitas misioneros al Brasil bajo la jurisdicción del P. Nóbrega, que iba a mantener una constante correspondencia epistolar con S. Ignacio de Loyola. Cuatro años más tarde, 1553, desembarca la segunda expedición, en la que se encuentra un joven estudiante, José de Anchieta que, como ha afirmado Martins Terra, se va a constituir en la “muestra del comportamiento de todos los demás misioneros de esa época”⁴⁸.

1. Antecedentes marianos de Anchieta

Nacido en Tenerife, su infancia se desarrolla en una atmósfera de devoción mariana. En 1548 marcha a estudiar a Coimbra, donde conocerá la recién fundada Compañía de Jesús. Allí acostumbraba a rezar ante el altar de la Virgen María de la Catedral. En una de esas oraciones experimentó la vocación y el deseo de hacerse jesuita, y para vivir este ideal hizo allí, a la misma hora, el voto de castidad, consagrándose a la Virgen. Tenía entonces 17 años⁴⁹.

El 1 de Mayo de 1551 ingresa en la Compañía de Jesús. Partía de una

⁴⁸ J. Martins Terra, “El santuario de la Aparecida”, en AA.VV., *Nuestra Señora de América*, T. II, Bogotá 1988, p. 114.

⁴⁹ H. Abranches Viotti, *Anchieta, o apóstolo do Brasil*, Sao Paulo 1980, pp. 29 y 103-105.

experiencia mariana similar a la de Ignacio. Durante el noviciado hará sus Ejercicios Espirituales que, sin duda, lo pusieron en contacto con la espiritualidad y mariología del fundador. Dos años después marcha como misionero a Brasil.

2. Una mariología misionera iluminada por los Ejercicios

Pero podemos preguntarnos: ¿Cuál era la mariología de Anchieta? ¿hasta qué punto conectaba con la de Ignacio? ¿cómo quedó marcada por la espiritualidad y orientación de los Ejercicios Espirituales?

Felizmente el misionero Anchieta nos ha dejado un documento excepcional que, me atrevo a asegurar, nos descubre no sólo su comprensión y sentido sobre la Virgen sino también el de todos los misioneros jesuitas de la época de la colonia. En su poema “De beata virgine Dei Matre Maria”, desarrollado en 5.588 versos, escrito después de 1563, tras su arriesgada situación de rehén entre los tamoyos durante 55 días⁵⁰.

Para quien esté familiarizado con los Ejercicios ignacianos no le será difícil descubrir en este poema continuas resonancias del célebre librito, y advertirá que el autor es un ejercitante que ha seguido las indicaciones del método con toda fidelidad, integrándolo vivencialmente en su experiencia y dinámica espirituales.

Sólo quiero resaltar tres aspectos que nos muestran la absoluta coincidencia de la mariología de Anchieta con la de Ignacio de Loyola: la centralidad clarificadora del misterio de la Encarnación, el sentido misionero de la visita a Santa Isabel y la fuerza salvífica de la intercesión de María y, consiguientemente, de su mediación.

Si la clave de la teología y de la espiritualidad ignacianas la encontramos en

⁵⁰ Véase la edición y traducción de J.M. Fornell, *Anchieta. Poema a la Virgen María*, Tenerife 1987.

el misterio de la Encarnación, tal como nos lo ha desarrollado en sus Ejercicios⁵¹, es la misma clave de la mariología de Anchieta, que se halla ampliamente desarrollada en su poema en los cantos tercero y cuarto, a través de 1.077 versos.

Especial importancia reviste el canto tercero para acercarse a los sentimientos y a la comprensión mariológica de Anchieta y para poder explicar el resto de su composición. Lo inicia con un amplio desarrollo de la oración de la Virgen a las personas de la Trinidad, pidiendo la redención de la humanidad (vv. 1008-1204). A esta oración responde el mismo Dios diciendo al ángel: “Ve a saludar a María, a quien encontré después de tantos siglos, para que sea arca de mis secretos. Ella sin perder la gloria de su virginidad, será la Madre de mi Hijo, y *fuentes de salvación eterna*” (vv. 1270-1274). Y María acepta su vocación: “Aquí estoy yo, la última esclava del Señor de los cielos, aquí estoy yo, la más pequeña sierva de las esclavas del Dios. Recibo en mis entrañas el mandato de Señor, y atiendo con respeto tu voz. Santo mensajero, ¡hágase en mí según tu palabra! Pronta está mi fe, pronto está mi amor” (vv. 1990-1994).

Inmediatamente, en el canto quinto, con ocasión de la visita de la Virgen a su prima Santa Isabel, desarrolla la temática de la mediación misionera de María: “Sigue, pues, y atraviesa los montes con alegre paso *para repartir las aguas de la divina misericordia*. (...) Envió a su Unigénito a tus entrañas para visitar a los que el pecado hirió gravemente. Te encomendó también *el cuidado de todo el universo* para que auxiliaras misericordiosa a los desgraciados. (...) A todos nos contemplas, buena Madre, con mirada cariñosa, y nadie invoca en vano tu poder” (vv. 2135-2180). E inmediatamente el novel misionero del Brasil se ofrece como compañero y siervo de la gran misionera: “Marcha, te ruego; si es posible y me lo permites, acompañaré, como criado, a mi señora, que camina por los altos montes” (vv. 2225-2245). Y a continuación, con ocasión de cantar la huida de Egipto, se percibe una referencia a la Virgen Misionera de las recién descubiertas tierras del Brasil, donde se encuentra Anchieta también como misionero (vv. 3290-3830).

⁵¹ EE.EE. 101-109.

Lo mismo que Ignacio, Anchieta descubre por estos caminos que la Virgen misionera es la gran intercesora ante el Padre y el Hijo: “El Padre lo dio todo a su Hijo, el Hijo lo dio todo a su Madre, para que lo distribuyera a los pobres con su mano virginal. (...) Haz que nos inflamemos con la añoranza del rostro divino, pues verlo es el supremo descanso, la suprema salvación. Concédenos conocer, por la fe, a la feliz Trinidad y, conociéndola, amar siempre al único Dios” (vv. 5530-5559).

Podemos afirmar, sin lugar a duda, que Anchieta es un modelo privilegiado de la mariología ignaciana que los jesuitas llevaron a América.

3. Anchieta: Misionero con la Virgen Misionera en el Brasil

Como ha sintetizado Martins Terra, “la Madre de Dios ocupaba un lugar importantísimo en la actividad misionera y apostólica de Anchieta. De sus innumerables sermones quedan apenas tres, uno de los cuales resumido en las cartas del H. Manuel do Couto sobre la Asunción de Nuestra Señora, predicado en Vitoria, el año 1588. Pero también en su trabajo catequético, al enseñar a los catecúmenos los misterios de la encarnación y de la redención, destacaba siempre la doctrina relativa a Nuestra Señora. Los recursos pastorales y catequéticos de Anchieta eran increíblemente ricos y variados. Para cautivar la atención y el corazón de sus catecúmenos, Anchieta dramatizaba en autos populares los misterios de nuestra fe. El teatro de Anchieta conserva todavía hoy centenas de esas piezas en tupí, portugués y español, en las cuales Anchieta dramatizaba el misterio de la creación, del pecado original y, sobre todo, de la redención, poniendo siempre de relieve la actuación de la Madre de Dios en la victoria sobre el pecado y en nuestra salvación”⁵².

Muchas de las iglesias que construyó estaban dedicadas a la Santísima Virgen, como las de Guaraparí, Guarulhos y Reritiba. En ellas siempre se colocaba una imagen de Nuestra Señora. Promovió la recitación diaria del

⁵² Martins Terra, *Nuestra Señora de América*, T. II pp. 114-115.

Rosario, que tanto extendieron posteriormente los jesuitas, incluso con amplias explicaciones, como fueron las del conocido P. Vieira.

Es claro el interés que tenía en que las nuevas comunidades cristianas se centraran en María, la verdadera misionera que progresivamente las tenía que conducir a Cristo. Baste para ello recordar una de sus poesías populares compuesta en 1589:

“Esta nossa pobre aldeia
de Guarapari chamada
é deleitosa morada
da Senhora Galiléia,
que por sua a tem tomada,
con enteira devoção
e, de todo o coração,
ser de todos venerada
sua limpa Conceição”.

“Uns são velhos moradores,
outros novos do sertão,
mas de todo o coração
desejam ser amadores
da Virgem da Conceição.
Porque nela a redenção
obrou seu filho Jesus
e, com sua graça e luz,
nos deu vida a salvação,
sendo morto numa cruz”⁵³.

Anchieta, lo mismo que Ignacio de Loyola, procura acercar al pueblo sencillo a la Virgen mediadora y misionera a través de fáciles y expresivas devociones. Alcanzado este importante paso, ella como “hermosa estrella,

⁵³ Anchieta, *Poesías*, Sao Paulo 1954, p. 669.

lucero de nuestra vida”, ella como “aurora de la vida que nos ha sido prometida”⁵⁴, será la que lo ponga con su Hijo, y éste a su vez con el Padre.

Quedaba abierto el camino misionero y mariano que seguirán constantemente los jesuitas en América Latina.

4. De José de Acosta a las Reducciones del Paraguay

Hasta la época de S. Francisco de Borja no llegaron los jesuitas a la América española. En 1566 un grupo es enviado a Florida. El 28 de marzo de 1568 desembarcó la primera expedición en el Callao.

Para todos los americanistas es conocida la importancia de este nuevo período colonial, que se encuentra precedido por la proclamación de las Leyes Nuevas de 1542 y por la celebración del Concilio de Trento que se había prolongado desde 1545 hasta 1563. Es un tiempo de severa revisión del pasado y de búsqueda de nuevos caminos y fórmulas de cara al futuro. La participación de los jesuitas en este proceso fue muy intensa, sobresaliendo entre ellos el P. José de Acosta, que llegó a Lima en la expedición de 1572.

Acosta es, sin duda, el gran orientador de la actividad misionera de los jesuitas en América. Lo confirman sus tres grandes obras: el tratado “De procuranda indorum salute”, elaborado en 1576; su decidida colaboración en la edición del Catecismo del III Concilio Limense⁵⁵; y la fundación de Juli en 1577, siendo Provincial⁵⁶, considerada como la primera experiencia reduccional jesuitica, aunque sin olvidar el importante precedente de la doctrina de Santiago del Cercado en las cercanías de Lima⁵⁷.

⁵⁴ Anchieta, *Poesías*, p. 477.

⁵⁵ A. García y García, “La reforma del Concilio Tercero de Lima”, en AA.VV., *Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios*, Madrid 1986, pp. 211-216.

⁵⁶ R. Vargas Ugarte, *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*, T. I, Burgos 1963, pp. 113-119.

⁵⁷ Vargas Ugarte, *o.c.*, pp. 65-68.

Pero, dentro de lo puntual de nuestro tema, debemos preguntarnos si en estas nuevas orientaciones la mariología misionera de los jesuitas sufrió alguna interrupción o modificación.

No pretendo detenerme en este tema jesuítico-peruano, que ha sido ampliamente desarrollado por Vargas Ugarte⁵⁸. Nos bastará con analizarlo en las Reducciones del Paraguay, originalmente orientadas por el pensamiento de Acosta, inicialmente promovidas por Diego de Torres Bollo -procedente de la reducción de Juli-, y que constituyen la expresión más madura del proyecto acostiano.

Ciertamente no vamos a encontrar una ruptura. En las reducciones nos hallamos de nuevo con la mariología ignaciana, que Anchieta había implantado en el Brasil, fortaleciendo a los jesuitas y orientando su actividad misionera entre los aborígenes.

III. MARIA EN LAS REDUCCIONES JESUITICAS DEL PARAGUAY

Los jesuitas llegan al Paraguay en 1588, materializando uno de los grandes deseos de S. Ignacio expresados unos meses antes de su muerte en 1556⁵⁹.

1. Los tres grandes impulsores del proyecto

Diego de Torres Bollo, Roque González de Santa Cruz y Antonio Ruiz de Montoya forman la trilogía jesuítica que originalmente impulsaron y orientaron la formación de las Reducciones del Paraguay.

⁵⁸ R. Vargas Ugarte, *Historia del culto de María en Iberoamérica*, 2 tomos, Madrid 1956.

⁵⁹ G. Furlong, *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Buenos Aires 1962, pp. 24-26.

Diego de Torres es el primer provincial de la recién fundada provincia, cargo que desarrolla de 1607-1615⁶⁰. Procedía de la provincia del Perú y había trabajado en la doctrina de Juli. Era transmisor de la experiencia peruana. En 1609 envía a los primeros misioneros para promover en distintos puntos del país reducciones. Les entrega unas breves instrucciones. Significativamente a todos les recomienda que en cada una de las reducciones edifiquen una capilla de la Virgen de Loreto.

Hoy podemos preguntarnos por el significado de esta recomendación. Cuando profundizamos en ella nos encontramos con la original mariología ignaciana: mariología de la encarnación y de la misión. Loreto es la casa de Nazareth, en la que se realizó la anunciación y la encarnación y que, según la tradición medieval, fue trasladada por los ángeles. En Santa Rosa de Misiones del Paraguay nos encontramos hoy con un privilegiado testigo de esta recomendación de Diego de Torres. En el centro de su reducido espacio aparece un conjunto de imágenes de las más artísticas que se conservan en las reducciones: una Virgen orante, el ángel de la anunciación, y una talla del Espíritu Santo en forma de paloma. En sus paredes hay significativos frescos. El más importante de todos recoge la contemplación de la encarnación tal como queda presentada por S. Ignacio en el libro de sus Ejercicios Espirituales. En otra, la casa de María aparece en distintos momentos de su traslado desde Nazareth hasta Loreto, símbolo de su nueva presencia en Santa Rosa. En las entrañas de María se engendraría Jesús y la nueva reducción, y bajo su mediación misionera se va a desarrollar la nueva comunidad, que también aparece simbolizada en otro fresco en el que encontramos a Jesús maduro trabajando como carpintero tallando estrellas de un nuevo cielo, que aparece reflejado en la techumbre de la capilla. Es la María madre de una tierra nueva y de unos cielos nuevos. Es evidente la conexión espiritual de esta capilla de Loreto con el poema mariano de Anchieta. La continuidad es sorprendente.

Dos eran los instrumentos fundamentales que llevaban los misioneros para la fundación de las nuevas reducciones: la cruz y la imagen de la Virgen

⁶⁰ Furlong, *o.c.*, pp. 91-92.

María. Así aparece en la vida de Roque González. Narrando Ruiz de Montoya el martirio de este misionero nos testimonia lo siguiente: “Sentimos, y con dolor muy grande, el execrable destrozo que hicieron en una imagen de la Virgen, querida prenda del santo P. Roque, que fue su compañera en sus peregrinaciones, y colocada en un pueblo y estando ya fundado, la pasaba a otro. Y así, con razón, la llamaba la conquistadora, atribuyendo a su presencia los sucesos prósperos de sus empresas, conquista donde fue a pérdida y ganancia, pues feneciendo su pintura y sus cuerpos, hoy gozan en el cielo inmortal gloria”⁶¹.

La imagen misionera, que llevaba Roque González, era un lienzo de la Inmaculada Concepción, que había pintado el Hermano Bernardo Rodríguez, y que se lo había regalado el Provincial P. Diego de Torres⁶². La llamaba la Conquistadora, nombre que alcanzó ya éxito en las primeras etapas del descubrimiento y que había popularizado el mercedario Fray Bartolomé de Olmedo en Guatemala⁶³.

Es evidente que los resultados misioneros Roque González los atribuía a la Virgen. Así lo atestigua también Ruiz de Montoya al narrarnos la difícil fundación de la reducción de Encarnación: “Dedicaron este pueblo a la Soberana Virgen, de quien podemos con razón decir: Sanabiles facit nationes orbis terrarum, cuyo auxilio bien esperado manifestó la experiencia. Curó esta Virgen las llagas de aquel enfermo pueblo, que concurrió con fervor a las saludables aguas del bautismo (...), asiéndose a la áncora de la oración (...), y a la devoción de su Patrona. Fundóse su congregación que hoy está muy adelantada (...). Preguntó un Padre a uno de esta Congregación, si les venía deseo de volver a aquella vida antigua y libre; respondió: Padre, no, porque, después que *somos esclavos de la Virgen*, se nos han borrado tales

⁶¹ A. Ruiz de Montoya, *Conquista Espiritual*, Bilbao 1892, 231-232. En adelante citaré: *Conquista Espiritual*.

⁶² Vargas Ugarte, *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*, T. I, pp. 50-51.

⁶³ Vargas Ugarte, *o.c.*, pp. 15 y 43.

pensamientos, y ya vemos en nosotros tal mudanza, que no nos conocemos, porque de bestias que fuimos, nos vemos ahora hombres racionales”⁶⁴.

El tercero de los grandes promotores de las reducciones fue el ya citado Antonio Ruiz de Montoya. Entre sus obras más importantes se encuentra su catecismo, instrumento básico para la formación de las comunidades neófitas guaraníes⁶⁵. El libro publicado en 1640 tiene un significativo título: “Catecismo de la lengua guaraní, compuesto por el Padre Antonio Ruiz de la Compañía de Jesús, dedicado a la purísima Virgen María, concebida sin mancha de pecado original”.

Su presentación de María en el desarrollo de los artículos del Credo es marcadamente breve: se reduce a la afirmación de la maternidad virginal⁶⁶. Pero, a través de la obra los capítulos marianos se multiplican. Recordemos los más importantes: Cap. VII De la oración del Ave María y Salve; en los “Cuatro tratados provechosos para alcanzar la virtud” sobresalen “cómo deve el christiano gastar su tiempo” (pp. 203, 215-216), “cómo se ha de rezar el rosario” (pp. 255-261), “letanía de Nuestra Señora” (pp. 309-313), “salutación a Nuestra Señora” (pp. 313-314). Recordará que para los indios son fiestas de guardar la Natividad de Nuestra Señora, la fiesta de la Anunciación, la fiesta de la Purificación de la Virgen, la fiesta de la Assunción de Nuestra Señora (p. 317).

Pero, “¿quién es la Virgen Santa María?” La pregunta queda directamente propuesta en el texto y responde: “Una Reyna llena de virtudes, a quien Dios llenó de su gracia, Madre de Dios, concebida sin mancha de pecado original”, añadiendo que se encuentra “en el cielo en cuerpo y alma”, y advirtiendo que la que está en el templo “es su imagen solamente”, que nos

⁶⁴ *Conquista Espiritual*, pp. 208-209.

⁶⁵ A. Ruiz de Montoya, *Catecismo de la lengua guaraní*, Madrid 1640. Cfr. D. Ortiz, “Los catecismos y la evangelización”, en AA.VV., *La Evangelización en Paraguay*, Asunción 1979, pp. 82-84.

⁶⁶ Ruiz de Montoya, *Catecismo*, pp. 55-56.

sirve para “ponernos delante aquella viva que representa”, sabiendo que “a Dios pido lo que necesito, pero a los santos (y a la Virgen) pido que me sean intercesores” (pp. 80-83).

Esta función intercesora de la Virgen, tan marcadamente ignaciana, la desarrolla insistentemente Montoya al explicar el rezo del rosario. Baste un ejemplo: “Y después desto acabadas las diez Ave Marías, dirá assi: O Madre de Dios, ruega a tu precioso Hijo, que me conceda tierna compassión de sus dolores, y memoria continua dellos, para que yo me abstenga de ofenderle. Y por ello te ofrezco estas diez Ave Marías, juntas con la Passion de tu Hijo” (p. 257). No podemos menos que recordar la plegaria de Ignacio a Nuestra Señora para que “le quisiese poner con su Hijo”.

De esta manera, Diego de Torres, Roque González y Antonio Ruiz de Montoya dejaron marcado el dinamismo misionero de las reducciones con un profundo sentido mariológico ignaciano, que se va a hacer patente durante los 150 años en los que fueron asistidas por los jesuitas.

2. Geografía e imaginaria marianas

Pronto el desarrollo de las reducciones marcó la geografía guaraní con una amplia topónimia mariana. Recuerdo solamente los recogidos por el mismo Ruiz de Montoya en su *Conquista Espiritual*: Loreto, Encarnación de Itapúa, Concepción de Nuestra Señora, Nuestra Señora de los Reyes, Santa María la Mayor, Asunción, Candelaria, Natividad de Nuestra Señora, Jesús-María.

Hoy quedamos todavía sorprendidos y admirados cuando repasamos la amplia y artística imaginaria mariana que se encuentra en las iglesias y museos de la zona reduccional paraguaya, ubicada al otro lado del Tebycuarí. Podemos afirmar que no hay un misterio de la vida de María que no haya quedado esculpido. Baste recordar las Inmaculadas de S. Ignacio Guazú, la Natividad de la Virgen de Santa María de Fe, la Virgen niña con Santa Ana en múltiples lugares, la Anunciación y la Virgen de Loreto de Santa Rosa, los célebres nacimientos de Santiago y Santa María, el encuentro de la

Virgen con su prima Santa Isabel en S. Ignacio, las Vírgenes Dolorosas de la pasión y las gloriosas de la resurrección en todas las reducciones, la Asunción etc., etc.⁶⁷

Las imágenes se hicieron también hogareñas y familiares. Cardiel nos presentará los moribundos rezando “ante las imágenes de Cristo, de María Santísima y de sus santos, que todos tienen”⁶⁸.

Las medallas de la Virgen, como nos cuentan los misioneros y puede comprobarse en el Museo de S. Ignacio Miní y en el de Asunción, lo mismo que los rosarios, se generalizaron. El rosario no sólo servía para rezarlo -devoción que se difundió ampliamente entre los aborígenes⁶⁹-sino que además lo llevaban al cuello como señal de ser esclavos de María⁷⁰. Incluso corrían historias de apariciones, como la de aquella india a la que le amonesta la Virgen “que en lugar de gargantillas y adornos que traía al cuello, trujese su rosario, y le había enseñado un cantarcito, que ella repitió fielmente, y contenía las alabanzas de la sagrada Virgen; cantábalo la niña con gracioso donaire”⁷¹.

3. Celebraciones y Congregaciones de la Virgen

Sería fácil hacer una amplia colección de pruebas documentales para mostrar la importancia y vistosidad con que se celebraban todas las

⁶⁷ AA.VV., *Paraquaria*, Mainz 1982.

⁶⁸ J. Cardiel, *Carta y relación de las misiones de la Provincia del Paraguay (1747)*, editado por G. Furlong en su libro “José Cardiel y su carta-relación”, Buenos Aires 1953, p. 177.

⁶⁹ *Conquista espiritual*, pp. 209-210.

⁷⁰ *Conquista espiritual*, p. 209.

⁷¹ *Conquista espiritual*, p. 239.

festividades de la Virgen en las reducciones. Incluso cada sábado revestía una especial solemnidad. Cardiel nos testifica que “úsase música todos los sábados en que hay Misa cantada de la Virgen”⁷².

Pero, quizás tenga especial significado, el recordar el peculiar papel que desarrollaba la Virgen en otras festividades no peculiarmente marianas. Sólo quiero hacer una referencia al día de la Resurrección, en el que se escenificaba la conocida contemplación ignaciana del privilegiado encuentro del Resucitado con su Madre. Resumo un largo texto del P. Cardiel: “La mañana de la Resurrección es cosa de gloria. Al alba, ya está toda la gente en la iglesia: Por calles, plazas y pórticos de la iglesia todo está lleno de luces; todo es resonar de cajas y atambores (...) en honra de las estatuas de bulto entero colocadas en medio, de Cristo resucitado y de su Santísima Madre”. Sale el preste e inciensa a las dos imágenes. Entonces “sale la imagen de Jesucristo por un lado con todos los varones, el preste y la música, y por el otro lado la Virgen, la música y todas las mujeres. (...) Después de haber acabado las tres caras de la plaza, al encararse las dos imágenes en la cuarta, la de la Virgen se viene a encontrar con su Santísimo Hijo en medio de tres muy profundas reverencias a trechos, arrodillándose a ellas todo el pueblo. (...) Juntas las dos santas imágenes, sale una danza de ángeles que son muchos músicos, al son de arpas y violines (...). Acabadas las danzas, vuelve la procesión por medio de la plaza (...). Acabada la procesión, empieza la Misa solemne, y su sermón al Evangelio; y acabado todo, van a tomar la yerba, a beberla en su casa, y a prevenirse para el banquete o convite”⁷³. Así quedaba cualificada la Virgen María como el primer testigo de la Resurrección, la medianera-misionera que nos ponía con su Hijo resucitado.

Si las imágenes y celebraciones marianas visualizaban un excelente catecismo para todo el pueblo, la promoción de Congregaciones de la Virgen va a constituirse en un instrumento privilegiado de evangelización. Los propios

⁷² J. Cardiel, *Cartas y relación*, p. 165.

⁷³ Hernández, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, T. II, Barcelona 1913, pp. 567-569.

indígenas, hombres y mujeres, integrados en ellas serán el fermento dinamizador de cada una de las poblaciones, colaborando con la acción de María.

La primera experiencia se había realizado en Lima, en la célebre *Reducción* del Cercado. Escribe el P. Vargas Ugarte: “Fundáronse dos cofradías, una del Santísimo Sacramento y otra de Nuestra Señora del Pilar y ambas prosperaron mucho. La segunda solía sacar todos los sábados el rosario, con muchas luces y acompañamiento, saliendo del templo y recorriendo buena parte del pueblo entonando las alabanzas de María. (...) Todas estas manifestaciones de piedad contribuían a arraigar en los indios la fe recibida y hacían crecer su devoción”. Los resultados fueron tales que “muchos, bien fundados en la fe y agradecidos a Dios que había iluminado sus mentes, se convirtieron en catequistas y misioneros de sus hermanos de raza, porque, dejando el pueblo, e internándose en otros de la sierra, enseñaban a los demás la doctrina y los ejercitaban en ejercicios devotos, especialmente en repetir las oraciones”⁷⁴.

La experiencia se trasladó a las Reducciones del Paraguay. Probablemente la primera congregación fue fundada por el P. Antonio Ruiz de Montoya en la Reducción de Loreto. He aquí su narración: “Ya eran pasados cuatro años en peregrinación, hambre y desasosiegos, pareciónos era ya tiempo, no sólo de cobrar el sosiego necesario para la vida cristiana, sino aún de aventajarlos en virtud, y así tratamos de erigir una Congregación de Nuestra Señora. Hicimos elección de sólo doce, los más aventajados en virtud. Empezóse con mucha fiesta de música y celebridad de misa y sermón, comulgaron los congregantes este día, que no causó poca emulación y santa a todo el pueblo. Acuden a su congregación con toda diligencia. (...) Y no sólo los recibidos ya, pero aun los pretendientes responden que no es razón que pretendiendo entrar en Congregación de una Señora tan limpia, ensucien ellos sus almas con pecados, y comúnmente la devoción de la Virgen soberana ha cobrado grande esfuerzo, no sólo en los adultos sino en los niños y niñas, llamándola comúnmente nuestra Madre. Dijera muchas cosas en confirmación de

⁷⁴Vargas Ugarte, *Historia de la Compañía de Jesús en el Perú*, T. I, p. 67.

aquesta devoción santísima; cállolas por brevedad, y porque los ejemplos que ahora diré declaran mucho mi intento”⁷⁵.

La importancia que los jesuitas dieron a estas congregaciones y el interés que suscitaron entre los aborígenes, nos los confirma el P. Cardiel casi al final del período reduccional. En él leemos: “Hay en todos los pueblos dos Congregaciones: una de la Virgen y otra de San Miguel. Se admiten congregantes adultos de uno y otro sexo. No se admite a cualquiera. Se hacen pruebas antes de sus costumbres. Confiesan y comulgan por regla cada mes. El día de su advocación se celebra con gran solemnidad, con vísperas solemnes y danzas; Misa solemne y sermón; y a la tarde se hace una plática, les lee el Padre sus reglas y se las explica; porque hacen sus protestas de vivir de tal y tal modo, y de cumplir las reglas. Este papel traen al cuello en una curiosa bolsa, para ser conocidos por esclavos de la Virgen, y los otros por especiales veneradores de San Miguel. Da el oficio de Prefecto, entregando en manos del electo un estandarte de la Virgen; y esto con la celebridad de chirimías y clarines (...); y con él dan los demás oficios de consultor, fiscal, portero y enfermero, que asisten a consolar a los enfermos, llevarles agua, leña y algunos regalos”⁷⁶.

4. De la actividad misionera a la devoción mariana de las comunidades aborígenes

Sólo reflexionando sobre los datos anteriores podemos advertir el amplio desarrollo que la devoción mariana adquirió en las comunidades guaraníes de las reducciones jesuíticas. Pero ya en la “Conquista Espiritual”, obra editada en Madrid en 1639, el P. Ruiz de Montoya, repasando los distintos pueblos, tuvo interés en dejarnos un amplio anecdotario, que nos muestra el nivel de profundidad que la devoción iba alcanzando en los recién bautizados.

Es conocida la importancia que, en la actual cultura paraguaya, tiene el

⁷⁵ *Conquista Espiritual*, pp. 170-171.

⁷⁶ Hernández, *Organización social de las doctrinas guaraníes...*, pp. 562-563.

mundo de los sueños y su fuerte conexión con el ámbito de las creencias religiosas. Se trata de una sobrevivencia del antiguo mundo guaraní, en el que el sueño y la aparición en el ensueño se expresaban con la misma palabra.

En la obra de Ruiz de Montoya se advierte, por los repetidos casos, la penetración que la Virgen había tenido en los neófitos, ya que la aparición de Nuestra Señora en sus sueños se hace frecuente y repetitiva. Solo hago algunas breves referencias.

De la Reducción de S. Ignacio se cuenta que una india “se quedó dormida, y entre sueños le pareció veía a la Virgen, y oyó que le advertía de ciertos pecados, que por haberlos cometido en su mocedad eran ya antiguos y nunca confesados por olvido o mal examen; despertó y halló que la advertencia había sido cierta, y arrepentida, alegre y agradecida a la Virgen confesó sus culpas”⁷⁷.

En la Reducción de la Asunción es un indio el que sueña con un demonio que intenta impedirle la confesión. “Acudió la Madre de misericordia, refugio de pecadores, la Soberana Virgen, y ahuyentado el demonio dijo al doliente: Hijo, ten buen ánimo, vé y confiésate, que mi Hijo te perdonará. Levantose con denuedo el mozo, y juzgándole por frenético los de su casa le quisieron detener, pero con intrepidez se acogió al Padre, y derramando lágrimas le pidió confesión”⁷⁸.

De la Reducción del Cagré retiene que también en sueños la Virgen se aparece a una india enseñándole “un cantarcico que ella repitió fielmente, y contenía las alabanzas de la sagrada Virgen; cantábalo la niña con gracioso donaire”⁷⁹. Imagino que este caso debió ser muy celebrado por los guaraníes, ya que se trataba de una traducción cristiana del antiguo empayenamiento. Otros casos similares parece que habían sucedido en la misma Reducción⁸⁰.

⁷⁷ *Conquista Espiritual*, pp. 207-208.

⁷⁸ *Conquista Espiritual*, pp. 223-224.

⁷⁹ *Conquista Espiritual*, p. 239.

⁸⁰ *Conquista Espiritual*, pp. 238-240.

María aparece como una segura defensa, como en el caso de aquella joven solicitada que “le puso al torpe mozo el rosario que traía al cuello por delante, diciéndole, mira que soy esclava de la Virgen, no me inquietes”⁸¹.

Una persona que debió ser excepcional para la comunidad de la Reducción de Loreto, fue la india Isabel. Todo comenzó en una larga caminata, en la que “viéndose esta mujer flaca y sin fuerzas y rendida casi al cansancio de manera que juzgaba que no podría seguir ya su camino sino dejar allí su cuerpo sepultado, hincóse de rodillas, y con devotas lágrimas pidió a Nuestra Señora le diese fuerzas para llegar a su pueblo de Loreto, donde se ofrecía a servirla. Parece que fue oída según mostraron los efectos, porque acabada su oración se halló ya otra, con fuerza y aliento, con que prosiguieron su viaje, y al fin de haber caminado más de 300 leguas, llegaron a su deseado pueblo”. De hecho su servicio a María se realizó simultáneamente en una larga vida de servicio a la comunidad, que nunca fue olvidado por los misioneros⁸².

No considero necesario seguir acumulando datos que nos ofrecen los jesuitas de la época. Pero cuando hoy miramos al pasado, tenemos la impresión de que con los misioneros jesuitas llegó hasta el mundo guaraní, como a otro Loreto, la casa de Nazareth con el misterio de la Encarnación y con una presencia de la Virgen, tal como Ignacio de Loyola la había percibido en sus experiencias místicas, que fielmente procuró transmitir a la Compañía de Jesús, confiando en que sus misioneros la comunicaran a su vez a los pueblos que tenían que evangelizar. Con esta esperanza debió ver partir en su vida a las primeras expediciones que envió al Brasil. Algunos de los resultados de esta esperanza es lo que he pretendido resaltar en esta exposición.

Curiosamente todas las órdenes religiosas, que misioneramente marcharon a América, quedan hermanadas por el marcado sentido mariano que

⁸¹ *Conquista Espiritual*, p. 209.

⁸² *Conquista Espiritual*, pp. 171-177.

imprimieron a su evangelización. Cada una aportó su propia originalidad y su característica mariología. Pero todas coincidieron en seguir el camino de María para mostrar a Jesús, que a su vez la constituyan en Madre del continente americano. Para todos nosotros es evidente, como afirmaba Juan Pablo II que María y sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular.